



CAPÍTULO
3



El Conejo Blanco, maestro de ceremonias, se hallaba de pie en la parte superior de las escaleras con el pecho henchido, sonriendo nerviosamente, cuando el padre de Catherine le entregó su tarjeta de presentación.

–¡Buenas noches, buenas noches, Su Señoría! Qué corbata tan deslumbrante lleva, combina a la perfección con su cabello. Diría que es como nieve que cae sobre una colina calva.

–¿Eso cree, señor Conejo? –preguntó el padre de Cath, encantado con el cumplido.

El Marqués se dedicó un instante a darse palmaditas en la cabeza como para confirmar el elogio.

La mirada del Conejo se precipitó hacia la Marquesa.

–Mi estimada Lady Pinkerton. Estoy seguro de que mis ojos jamás han visto una belleza tan excepcional, una elegancia tan extraordinaria...

La Marquesa lo hizo a un lado.

–Apúrate de una vez, heraldo.

–Eh... claro, soy su humilde servidor, milady –nervioso, el Conejo levantó las orejas bien rectas y llevó una trompeta a la boca. El sonido retumbó en el salón de baile al tiempo que proclamaba: “¡Les presentamos a Whealagig T. Pinkerton, el muy honorable Marqués de la Ensenada de la Tortuga de Piedra, acompañado por su esposa,

Lady Idonia Pinkerton, Marquesa de la Ensenada de la Tortuga de Piedra, y su hija, Lady Catherine Pinkerton!”.

Mientras el Marqués y la Marquesa descendían la escalinata hacia el salón, los ojos rosados del Conejo Blanco saltaron hacia Catherine y se agrandaron al observar su voluminoso traje rojo. Arrugó la nariz con repugnancia, pero se apresuró por disimularlo detrás de otra sonrisa obsecuente.

–Vaya, Lady Pinkerton, luces tan... eh. Tan llamativa.

Cath intentó esbozar una tibia sonrisa y se dispuso a seguir a sus padres escaleras abajo, pero apenas miró la sala de baile, soltó un grito ahogado y tambaleó hacia atrás.

Un océano negro y blanco se extendía ante ella.

Levitas color marfil y guantes color ébano hasta los codos.

Pálidos tocados con forma de estrella y moños de pluma de cuervo.

Calzas estampadas con tableros de ajedrez. Máscaras con caras de cebra. Faldas de terciopelo negro ribeteadas con diamantes falsos y carámbanos de hielo. Algunos de los cortesanos Diamantes incluso se habían pegado picas negras sobre el estómago, para disimular los dibujos rojos que los identificaban.

Sin duda, Catherine lucía *muy* llamativa.

Cada tanto había alguna mancha roja entre la multitud –una rosa, metida en un ojal, o una cinta, que ceñía la espalda de un vestido–, pero solo Cath llevaba rojo de los pies a la cabeza. Como si su vestido no fuera suficiente, una ola repentina de rubor le subió por el cuello y le cubrió las mejillas. Sintió que las miradas la asaltaban, oyó la fuerte inhalación y percibió las expresiones de disgusto. ¿Cómo pudo ignorar su madre que esta era una de las fiestas en blanco y negro del Rey?

Pero en seguida comprendió.

Su madre lo sabía. Con la mirada fija en el voluminoso vestido

blanco de su madre y en el esmoquin también blanco de su padre, Cath se dio cuenta de que su madre lo había sabido desde el primer momento.

Otro toque de trompeta ensordeció sus oídos. A su lado, el ahora tenso Conejo Blanco carraspeó.


–Siento en el alma tener que apurarla, Lady Pinkerton, pero hay más invitados que aguardan a ser presentados...

Echó un vistazo a la fila que se había formado detrás de ella. Más miembros de la aristocracia se asomaban unos detrás de otros y la miraban boquiabiertos.

Una sensación de temor le invadió la boca del estómago. La joven Catherine se levantó la falda y enfiló hacia la multitud de pingüinos y mapaches.

El salón de baile del Castillo de Corazones había sido esculpido hacía años de un gigantesco trozo de cuarzo rosado, del suelo a los balaústres, a los enormes pilares que sostenían el techo abovedado. El cielorraso estaba pintado con murales que representaban diversos paisajes del reino: las Colinas de Algún Lugar y el Bosque de Ninguna Parte, el Cruce, el castillo y las onduladas tierras de cultivo que se extendían hacia todos los sitios del horizonte. Incluso la Ensenada de la Tortuga de Piedra aparecía encima de las puertas que conducían a los rosedales.

Grandes ventanales desfilaban por el lado sur de la sala, recordados de cristal facetado, con forma de corazón. La mesa del banquete, rebotante de frutas, quesos y dulces, se extendía a lo largo del muro norte, junto a un tabique que separaba a quienes bailaban de la orquesta. Arañas de cristal formaban un círculo alrededor del cielorraso y con sus luces de miles de delgadas velas blancas, transmitían calor a los muros. Cath alcanzó a oír, incluso desde las escaleras, a algunas velas iracundas quejándose de las corrientes de



aire en el salón y pidiendo si alguien *por favor* podía cerrar la puerta allá abajo.

Puso la mira en la mesa del banquete –un refugio en el medio del salón atestado de gente–, incluso si su vestido era demasiado estrecho para comer lo que fuera. Cada paso que daba era una batalla que libraba con el cuerpo completamente recto, al tiempo que el corsé le oprimía las costillas y el armazón se arrastraba sobre las escaleras. Agradeció cuando por fin pudo sentir el duro chasquido del suelo bajo sus tacones.

–Mi querida Lady Catherine, deseaba fervientemente que estuvieras presente esta noche.

Su alivio se esfumó. Tendría que haber sabido que Margaret sería la primera en venir a su encuentro antes siquiera de haber caminado un par de pasos hacia la comida.

Catherine se obligó a adoptar una expresión de alegría.

–¡Vaya, Lady Margaret! ¿Cómo estás?


Margaret Mearle, hija del Conde del Cruce, había sido la mejor amiga de Catherine desde pequeñas. Desafortunadamente, jamás se habían caído demasiado bien.

Margaret tenía la gran desgracia de ser insoportablemente fea.

No era el tipo de fealdad de la oruga que espera convertirse en una hermosa mariposa, sino la fealdad que provocaba un sentimiento de desesperanza en los que la rodeaban. Tenía un mentón afilado; ojos demasiado juntos, eclipsados por una frente que sobresalía, y hombros fornidos y poco elegantes, que se destacaban aún más por vestimentas poco agraciadas. Si no fuera por los vestidos que usaba, Margaret podría confundirse con un muchacho.

Y uno poco atractivo.

Aunque los defectos físicos de Margaret eran un tema de conversación favorito de la madre de Catherine (“No sería un caso



tan espantoso si tan solo se ciñera los corsés un poco más”), era la personalidad de su amiga lo que le resultaba mucho más ofensivo a Catherine, ya que a Margaret la habían convencido desde niña de que era muy muy inteligente y muy, *muy* recta. Más inteligente y más recta que cualquier otra persona. Se destacaba por señalar cuánto más inteligente y recta era.

Dado que eran tan buenas amigas, hacía ya tiempo que la joven Margaret consideraba que su función era señalarle todos sus defectos a Catherine, con la esperanza de ayudarla a mejorar. Como cualquier amiga de verdad.

–Bastante bien –dijo Margaret al tiempo que se hacían mutuas reverencias–, pero lamento tener que informarte que tu vestido es indebidamente rojo.

–Gracias por la observación –dijo Cath a través de una sonrisa forzada–. Acabo de constatar lo mismo.


Margaret contrajo los rasgos del rostro, entrecerrando sus pequeños ojos.

–Debo advertirte, mi querida Catherine, que esforzarte por atraer la atención de este modo podría conducirte a ser arrogante y vanidosa de por vida. Resulta mucho más sensato dejar que tu belleza interior brille a través de un vestido deslucido que intentar ocultarlo con accesorios materiales.

–Gracias por el consejo. Lo tendré en cuenta –Cath se abstuvo de echarle un vistazo indiferente al traje de Margaret: monótono, negro y rematado con un solemne gorro de piel.

–Espero que lo hagas. Y la moraleja es “Aunque la mona se vista de seda, mona se queda”.

Las comisuras de la boca de Cath temblaron. Aquella era otra de las encantadoras excentricidades de Margaret: era una enciclopedia viviente de moralejas que Cath no conseguía entender, y nunca estaba



segura de si las moralejas eran puras tonterías o si simplemente ella era demasiado obtusa para entenderlas. Sin duda, Margaret le aseguraría que se trataba de esto último.

No es que fuera a preguntar.

—Hmm. Cuán cierto es lo que dices —asintió Cath, echando un vistazo a los invitados más próximos con la esperanza de encontrar una excusa para abandonar a Margaret antes de que tomara impulso.

No lejos de allí, el señor Urraca y su esposa bebían un licor junto a una escultura de hielo con forma de corazón, pero Catherine no se atrevía a huir hacia ellos —podía ser su imaginación, pero sus joyas tenían una asombrosa tendencia a desaparecer cuando estaba con los Urraca—.

El padre de Cath conversaba con el Cuatro, Siete y Ocho de Diamantes. Incluso en el momento de distinguirlos, su padre alcanzó el punto culminante de una broma y el Cuatro cayó de espaldas, riéndose históricamente y pateando las piernas en el aire. Luego, fue evidente que no podía ponerse de pie por sí solo, y el Ocho extendió la mano para ayudarlo sin dejar de reírse.

Catherine suspiró: jamás había tenido la habilidad de meterse con facilidad en el medio de una broma a medio contar.

Y luego estaba el Más Noble Facóquero Pigmalión, Duque de Colmillón¹. A menudo, Cath lo había hallado torpe, huraño y un terrible conversador. Cuando sus miradas se cruzaron, le sorprendió hallar que las observaba a ella y a Margaret.

No supo quién volteó la cabeza primero.

—¿Buscas a alguien, Lady Catherine? —Margaret se acercó aún más, incómodamente cerca, y reposó su barbilla sobre el hombro de Cath, siguiendo el rumbo de su mirada.

—No, no, solo... observaba.

—¿Observabas a quién?

—Pues, el chaleco que lleva el Duque esta noche luce muy elegante,

¿no crees? –preguntó, intentando ser cortés mientras se alejaba lentamente de debajo del mentón de Margaret.

Margaret frunció la nariz con disgusto.

–¿Cómo podría alguien fijarse en su chaleco? Cuando veo al Duque, lo único que puedo percibir es que es un nariz parada con todo el mundo, como si ser Duque de Colmillón fuera un gran logro.

Cath inclinó la cabeza.

–Creo que tiene la nariz así de nacimiento –presionó un dedo bajo su propia nariz y la empujó hacia arriba, probando su teoría. No la hacía sentirse superior a nadie...

Margaret empalideció.

–Deberías sentir vergüenza, Catherine. ¡No puedes andar burlándote de todo el mundo así! Por lo menos, no en público.

–Oh, no quise ofender a nadie. Es solo que su nariz tiene el aspecto de un hocico. Seguramente tenga un excelente sentido del olfato. Me pregunto si no podría encontrar trufas con una nariz como esa.

Cath se libró de tener que defenderse al sentir un golpe violento contra el hombro.

Al volverse se encontró frente a una túnica negra que cubría un pecho inflado. Su mirada subió hasta toparse con un rostro ceñudo, medio oculto por un parche que le cubría un ojo y el cabello revuelto que asomaba de una boina blanca.

Jack, el Valet de Corazones. Lo habían condecorado caballero por un sentido de piedad después de perder el ojo derecho en un juego de adivinanzas.

El estado de ánimo de Cath decayó aún más. Este baile había comenzado del modo más horrible.

–Hola, Jack.

–Lady Pinkerton –dijo arrastrando las palabras. Su aliento olía a

vino especiado. Sus ojos se desplazaron con rapidez hacia la joven Margaret—. Lady Mearle.

Margaret cruzó los brazos sobre el pecho.

—Es terriblemente grosero interrumpir una conversación, Jack.

—Vine a decirle a Lady Pinkerton que este es un baile en blanco y negro.

Cath descendió la mirada e intentó lucir apenada aunque, cada vez que se lo recordaban, se sentía menos avergonzada y más irritada.

—Parece haber habido una falla de comunicación.

—Pareces una estúpida —dijo Jack.

Catherine se enfureció.

—No hay por qué ser grosero.

Jack resopló, echando otro vistazo al vestido, y volvió a la carga.

—No eres ni por asomo tan bonita como lo crees, Lady Pinkerton. Ni de lejos, y eso que yo tengo un solo ojo para advertirlo.

—Te aseguro que no es mi intención...

—Todo el mundo opina igual, pero no te lo dirá de frente como yo. Pero yo no te tengo miedo, ni un poquito.

—Jamás dije...


—Ni siquiera me gustas tanto...

Catherine apretó los labios con fuerza e inhaló un soplo de aire con paciencia.

—Sí, creo haberte escuchado decirlo la última vez que te vi, Jack. Y la vez anterior. Y la anterior. Si mal no recuerdo, me has estado recordando lo poco que me aprecias desde que teníamos seis años y decorábamos el palo de mayo.

—Sí, claro. Porque es cierto —las mejillas de Jack se habían enrojecido—. Además hueles a una margarita. Pero de las feas y apestosas.

—Naturalmente, tenía que ser una de esas —dijo Catherine—. No vaya a ser que lo confunda con un cumplido.



Jack emitió un gruñido y luego extendió la mano y le tiró uno de los rizos.

–¡Ay!

El Valet se dio media vuelta sobre los talones y se alejó a grandes pasos antes de que Catherine pudiera pensar en una respuesta, aunque después se arrepintiera de no haberle propinado una buena patada en sus piernas.

–Qué tipo imbécil –dijo Margaret cuando él se hubo marchado.

–Por cierto que lo es –convino Catherine, frotándose el cuero cabelludo y preguntándose hacía cuánto estaba allí y cuánto más tendría que quedarse.

–Por supuesto –continuó Margaret–, es deplorable que fomentes una conducta tan grosera.

Catherine giró para enfrentarla, horrorizada.

–No la fomento.

–Si eso es lo que crees, supongo que tenemos que estar de acuerdo con no estar de acuerdo –dijo Margaret–. Y la moraleja de ello es...


Pero antes de que pudiera extrapolar alguna prueba absurda de mal comportamiento, el estrépito de una trompeta resonó en todo el salón. En lo alto de las escaleras, el Conejo Blanco proclamó con voz nasal...

–PRESENTAMOS A SU MAJESTAD REAL, EL REY DE CORAZONES.

El Conejo Blanco volvió a tocar la trompeta. Luego se metió el instrumento bajo el brazo y se inclinó.

Cath se volteó con el resto de los invitados cuando el Rey emergió en lo alto de su propia escalinata privada. Una ola de reverencias e inclinaciones se propagó por el tablero de ajedrez ocupado de aristócratas.

El Rey llevaba su atuendo real: una capa blanca de piel, pantalones



bombachos rayados blanco y negro, zapatos blancos relucientes con hebillas tachonadas de diamantes, y, en una mano, un cetro coronado por un corazón. Remataba el atuendo una corona, adornada con rubíes, diamantes, terciopelo y un pináculo con forma de corazón en el centro.

Habría sido una indumentaria extraordinaria, salvo que la capa de piel tenía un poco de sirope en el cuello, los bombachos se le fruncían alrededor de una rodilla y la corona –que a Catherine siempre le había parecido demasiado pesada para la cabeza diminuta del Rey– se ladeaba hacia un lado. Además, cuando Catherine se levantó después de hacer la reverencia, Su Majestad tenía una sonrisa idiota en el rostro.

Y la sonrisa estaba dirigida a ella.

Catherine se puso tensa mientras el Rey descendía torpemente la escalera. La multitud se abrió para permitirle el paso, creando un camino directo, y antes de que Catherine pudiera pensar en quitarse de en medio, el Rey estaba de pie frente a ella.

–¡Buenas noches, Lady Pinkerton! –se arqueó hacia arriba sobre los dedos del pie, lo cual atrajo aún más la atención a su minúscula estatura. Era, por lo menos, dos palmos más bajo que Catherine, a pesar del rumor de que tenía zapatos especialmente hechos a medida con suelas de cinco centímetros.

–Buenas noches, Su Majestad. ¿Cómo está usted? –hizo una nueva reverencia.

El Conejo Blanco, que había seguido al Rey, carraspeó.

–Su Majestad Real quisiera solicitar la mano de Lady Catherine Pinkerton para la primera cuadrilla.

Los ojos de ella se agrandaron.

–Oh, gracias, Su Majestad. Será un honor –Catherine se inclinó por tercera vez, la reacción instintiva a cualquier cosa que se dijera

en presencia del Rey. No era que resultara una persona intimidante. Al contrario. El Rey, tal vez quince años mayor que ella, tenía un cuerpo rollizo, las mejillas sonrosadas y una tendencia a reírse en los momentos más inoportunos. Era justamente esta ausencia de seriedad lo que la hacía comportarse de la mejor manera posible; de lo contrario, hubiera sido demasiado fácil olvidar que era su rey.

Tras entregar su cetro al Conejo Blanco, el Rey de Corazones tomó la mano de Catherine y la condujo a la pista de baile. Cath se dijo a sí misma que era una bendición haber sido apartada de Margaret, aunque no estuviera mucho mejor en compañía del Rey.

No, eso no era justo. El Rey era un hombre dulce. Un hombre sencillo. Un hombre *feliz*, lo cual era importante, ya que un rey feliz contribuía a un reino feliz.

Sencillamente, no era un hombre inteligente.

Mientras se posicionaban como la pareja principal en la pista de baile, Cath sintió una punzada de temor. Estaba bailando con el Rey. Todas las miradas estarían puestas en ellos, y todo el mundo creería que había elegido este vestido con el único objetivo de llamar su atención.

–Luces preciosa, Lady Pinkerton –dijo el Rey. Le hablaba más a su pecho que a su rostro: el resultado de su altura desafortunada, no de una falta de caballerosidad, pero Catherine no pudo evitar que sus mejillas se sonrojaran.


¿Por qué, por qué no pudo oponerse al deseo de su madre solo por esta vez?

–Gracias, Su Majestad –dijo con voz tensa.

–¡Cómo me gusta el rojo!

–¿A quién no, Su Majestad?

El Rey accedió riéndose, y Cath se alegró cuando comenzó la música y entraron en la primera figura del baile. Se alejaron el uno



del otro para caminar por las filas exteriores de parejas, demasiado lejos para hablarse. Catherine sintió que el corsé se le incrustaba bajo los pechos y presionó las palmas contra la falda, para evitar jugar con ella.

–Qué baile tan encantador –dijo cuando se volvió a reunir con el Rey al final de la línea. Se tomaron las manos. Las de él eran suaves y estaban húmedas.

–¿Lo crees? –su rostro se alegró–. Me encantan los bailes en blanco y negro. Son tan... tan...

–¿Neutrales? –ofreció Catherine.

–¡Sí! –suspiró como en sueños, con la mirada fija en su rostro–. Tú siempre sabes exactamente lo que estoy pensando, Lady Pinkerton.

Cath apartó la mirada.

Se inclinaron bajo los brazos extendidos de la siguiente pareja y luego se soltaron las manos para girar alrededor del señor y la señora Tejón.


–Debo preguntarte –comenzó a decir el Rey al tomarse las manos una vez más–, supongo que esta noche no habrás traído... de casualidad... algunos dulces contigo, ¿verdad? –los ojos le brillaban y el bigote le temblaba de ilusión.

Cath esbozó una sonrisa amplia mientras levantaban las manos para que la siguiente pareja pudiera pasar debajo. Sabía que el Rey estaba de puntillas, pero por respeto no miró hacia abajo.

–Justamente, esta mañana horneé tres tartas de limón, y mi criada se iba a asegurar de que llegaran a la mesa del banquete durante la celebración. Podrían estar allí ahora mismo.

El rostro del Rey se iluminó y giró la cabeza para ojear la larga, larga mesa, pero estaban demasiado lejos para distinguir las tres pequeñas tartas.

–Fantástico –dijo extasiado, mientras se salteaba un par de pasos



y obligaba a Catherine a quedar incómodamente parada antes de retomar el baile.

–Espero que las disfrute.

Volvió su atención a ella, sacudiendo la cabeza como alucinado.

–Lady Pinkerton, eres un tesoro.

Ella reprimió una mueca, incómoda por el tono sentimental de su voz.

–Aunque debo confesar que tengo una debilidad particular por las tartas de lima tanto como por las de limón –las mejillas le temblaron–. Sabes lo que dicen... ¡la lima es la llave al corazón de un rey!

Cath jamás lo había escuchado, pero movió la cabeza de arriba abajo como si estuviera de acuerdo.

–¡Eso dicen!

La sonrisa del Rey era efervescente.

Para el final del baile, Catherine se sentía a punto de colapsar, por el esfuerzo de simular alegría y estar atenta, y no pudo sentir otra cosa que alivio cuando el Rey besó el dorso de su mano y le agradeció el placer del baile.


–Debo ir en busca de tus deliciosas tartas, Lady Pinkerton, pero ¿puedo esperar que también me reserves el último baile?

–Con mucho gusto. Será un honor.

Él soltó una risita, loco de remate, al tiempo que se ajustaba la corona y luego avanzaba de manera desenfadada hacia la mesa del banquete.

Cath sintió que se quedaba sin energía y agradeció que hubiera terminado la primera cuadrilla. Tal vez podía convencer a sus padres de marcharse antes de ese último baile. Sus maquinaciones la hicieron sentir culpable: ¿a cuántas jóvenes les encantaría recibir semejante atención por parte del Rey?

No era un compañero de baile ofensivo; tan solo, uno aburrido.



Con la idea de que un poco de aire aliviaría sus mejillas de tanto forzar la sonrisa, se dirigió hacia los balcones. Pero no había avanzado ni doce pasos entre la multitud de miriñaques negros y sombreros de copa blancos cuando las arañas alumbradas con velas parpadearon todas a la vez y se apagaron.